

# CON EL CIRIO EN LA MANO<sup>1</sup>

Jesús Campos García

Mira tú también que irse de congresos, con la de teatro que queda por hacer. Y es que lo de la conferencia, la comunicación y el posterior coloquio; vamos, la cosa esa de hablar de la cosa en vez de currársela, siempre me pareció, desde mi ignorancia, un despilfarro de la elocuencia, un lujo teórico, cuando no un modo sapiente de marear la perdiz. Y me pregunto: “¿Por qué será que los jugadores de naipes, los ajedrecistas o los jubilados de la petanca, no dan conferencias, ni son convocados a foros y saraos, con lo bien que se pasa y el provecho que se obtiene?”. Y me respondo: “A saber, que, puestos a reunirse, ya hay quien hace congresos hasta para cuestionar el uso fraudulento del cubilete tradicional en el parchís *on-line*.”

Claro que los nuestros son congresos de más alcurnia, dónde va a parar, con enunciados mucho más circunspectos y concurrencia de mayor prosapia. Lo que digo que será, más que nada, por el arte que le echamos a esto de jugar: la trascendencia, que tanto engalana, o el *glamour* de la creación; nada que ver con esas otras actividades, igualmente lúdicas, pero que ni son herramientas de conocimiento ni generan emociones estéticas. Ser artista tiene esas ventajas; no sólo te miras el ombligo durante el acto intrínseco, sino que, además, te invitan para que disertes ante tus congéneres acerca del ombligo del ombligo.

Dudo mucho de que tanta ombliguez sirva para algo que no sea constatar, una vez más, que somos seres fuertemente obligados. Aunque, probablemente, el problema no esté en la naturaleza del festejo, sino en esta manía mía, tan estajanovonista, de querer asegurarme la utilidad de todo lo que hago. Y me hago estas reflexiones no a propósito del pasado foro vallisoletano —de cuyos succulentos manjares ofrecemos

---

<sup>1</sup> Artículo publicado en: *Las Puertas del Drama*, núm. 5 (Invierno 2001), pág. 3. (Monográfico sobre el Congreso celebrado en Valladolid con el título “El teatro español

en este número una variada muestra, gracias a la generosidad de la organización y de sus firmantes—, sino al hilo del futuro congreso que pretendemos organizar a orillas del Tormes, lugar de encuentro no menos grato, en el que es nuestro propósito citarnos con cuantos autores puedan encuadrarse bajo el epígrafe de Dramaturgia Hispanoamericana; festejo venidero, aún por pergeñar, cuya utilidad podría cuestionarse en semejantes términos.

¿Son útiles los tales congresos, o lo inútil es cuestionarse su utilidad? Ganas me dan de ponerme estupendo y elucubrar sobre la utilidad de lo inútil, pero me contendré y trataré de ser pragmático mientras trato de salir de este jardín.

¿Reunirse, para qué? Desde luego, no por los contenidos; que tanto lo que tengamos que decir como lo que nos digan, al margen de su incuestionable validez, igual quedaría dicho, gracias a la imprenta, en el libro de Actas; y además, más barato y sin necesidad de tanto trasiego, que si alguien necesita coloquios posteriores, pues ya podría remediarse con un *chat* en Internet.

¿Por el contacto personal? Hubo un tiempo, con ocasión de otras convocatorias, en el que concluía que el fin último de tanta intervención no era otro que el de propiciar el cuarto de hora de descanso o la mayor distensión de cenas y almuerzos; tiempo en el que acontecía el verdadero debate, con sus sarcasmos, sus ingeniosidades y, por supuesto, con su cordialidad. Pero no; que si así fuera, ya se programarían catorce comidas y sólo dos conferencias, o directamente nos iríamos de excursión, que ya somos mayorcitos como para saber qué es lo que nos conviene.

Y es que, aunque no esté muy clara su utilidad, lo que no admite dudas es que estos encuentros, tal como se vienen produciendo, son muy necesarios y tienen su razón de ser, por mucho que esa razón, al menos para mí, aún permaneciera oculta.

Enmarañado en la controversia de mis percepciones frente a mis intuiciones y según deambulaba por la Plaza Mayor vallisoletana, vino a mi mente el recuerdo de los desfiles de Semana Santa que acontecen en ese lugar, tan afamados; verdaderos actos de fe con los que el colectivo se reafirma en su religiosidad y que tienen que ver tanto con el sentimiento íntimo como con su manifestación pública. Y fue así como llegué a entender que también nosotros, penitentes del teatro, nos encontrábamos allí con semejante finalidad.

En consecuencia, fue llegar a Madrid y, ni corto ni perezoso, llamé a un buen cofrade, el secretario general, para, hucha en ristre —no hay que olvidar que una asociación es una orden mendicante—, irnos a recaudar fondos con los que poner en marcha el desfile penitencial salmantino; procesión a la que, una vez soslayados los impedimentos presupuestarios, ojalá podamos acudir con el cirio en la mano para, puestos en fila, conferencia va, conferencia viene, volver a sacar al teatro en procesión.